

tlatzinecas y otras, de modo que, además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.”

Así fué cómo Cuauhtemoc se resolvió á defender su ciudad desamparada de todos. Él, se habia encargado del poder cuando éste se hallaba casi aniquilado, primero por la estupidez de Motecuhzoma á quien el mismo Cuauhtemoc habia caracterizado muy bien llamándole, segun el relato de Sahagun, “*bardaxa de los españoles;*” despues, por la muerte inesperada del valiente Cuitláhuac, y luego, por los manejos de una faccion intestina que trabajaba por la sumision; que era el partido de los Motecuhzomas, de los miedosos, de los que sólo defienden las buenas causas cuando éstas son fuertes.

Otro caudillo de ménos temple, y aun en situacion ménos angustiada, habria vacilado, á no ser que no hubiese medido el peligro que pesaba sobre él, ó que estuviera alentado por alguna esperanza, siquiera remota. Pero Cuauhtemoc no vaciló un instante, y con sus ojos de águila y su espíritu de patriota, habia contado á sus enemigos, habia interrogado el horizonte, y habia compren-

dido que no tenia esperanza. Hasta los oráculos sagrados estaban siendo desfavorables á México desde el tiempo del supersticioso Motecuhzoma.

Pero el jóven tlacatecuhtli no consultó más que á su valor, y más noble que Ajax, quiso salvar la dignidad de su pueblo solamente, aunque no su propia persona, *á pesar de los dioses.*

Todavía más: otros héroes han sido alentados por las miradas del mundo, por los aplausos de la historia. No pocos guerreros, al aceptar una grave situacion, han entrevisto la sonrisa de la gloria al través del infortunio pasajero. Cuauhtemotzin no contó con *galería* ninguna. Él apenas adivinaba la existencia del mundo europeo, y los aventureros españoles lo habian convencido de que este mundo le era hostil. No esperaba ya ni un jeroglífico glorioso en los anales de piedra de su nacion, porque estos anales, como la nacion misma, iban á reducirse á polvo en la desaparicion de la ciudad, y las tribus enemigas eran bastante rencorosas y bárbaras para eternizar su recuerdo. Ignoraba que los aventureros europeos tuviesen historia; pero si lo llegó á suponer, esta historia iba á ser injusta con él, como lo fué en efecto.

CAPILLA ALEJANDRINA  
 C. DE LOS REYES  
 C. DE LOS REYES

Nada, ni esperanzas de auxilio, ni móviles de vanidad, ni el respeto de los vencedores; ni una estrella en el cielo, ni una señal en los altares; nada podía alentarlo. En torno de él y de su ciudad, todo era odio, todo abandono; todo se veía oscuro, todo estaba callado; era la catástrofe extendiendo anticipadamente su negra tela de sombras.

No habia salvacion posible. Sí, una sola, como dice el poeta.... ¡no esperar ninguna!

*“Una salus sola, nullam sperare salutem.”*

Ese es el momento en que surgen los héroes, y Cuauhtemoc se alzó entónces, tan grandioso, tan único, que eclipsó á todos los héroes antiguos, y dominó con su figura aquel cuadro aterrador. *“Morir por la Patria.”* ese fué su lema desde entónces, y sintiéndose fuerte con tal resolucion, se decidió á no dar, ni á pedir cuartel á sus enemigos, como en efecto no lo dió, ni lo pidió, ni en el sitio, ni despues, ni prisionero delante de Cortés, ni más tarde en la hoguera, ni al pié del árbol en que fué ahorcado.... ¡jamás!

El héroe fué completo. Aquiles el de la Iliada,

hijo de la Fábula, tenia el talon vulnerable física y moralmente. Cuauhtemoc, más glorioso que el héroe homérico, porque como hijo de la realidad humana, tenia el cuerpo todo vulnerable, no presentó, sin embargo, en su carácter moral ni un ápice que pudiese ser herido por la burla ó por el desprecio.

En el sitio de México, toda la gloria de los combates pertenece de derecho á Cuauhtemoc y á su valiente tribu. Haberse defendido con ese puñado de guerreros, de mujeres y de ancianos, durante setenta y cinco dias sin flaquear un solo instante, y al contrario, llegando hasta á producir desaliento en el jefe de aquel ejército sitiador numerosísimo, es de por sí un hecho admirable. Pero si se tiene en cuenta la situacion de los sitiados, la admiracion se convierte en asombro.

Cortés dice, hablando de los últimos dias del asedio: “Y como en estos conciertos se pasaron más de cinco horas, y los de la Ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el Agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel Lago, donde estaban las Canoas, que era grande: era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar, como lo podrian sufrir,” etc.,

\*\*\*\*

y más adelante, “y así por aquellas Calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no había Persona, que en otra cosa pudiese poner los pies.”

Y Bernal Diaz: “y es verdad y juro amén, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba. Pues en las calles, y en los mismos patios del Tatelulco, no avia otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruicion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé.”

Y Sahagun: “Estaban los tristes mexicanos hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no

quedó nadie, que los mismos madres y padres los comían (que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir) peleando el dia y la noche donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles.”

Pero Cuauhtemoc, que habia dicho desde el principio del sitio, segun refiere Bernal Diaz: “*Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré,*” llevó á cabo su propósito, aun más allá de lo que podia exigirse de él. En la situacion espantosa á que habia llegado la ciudad, rodeado de escombros y de muertos, con una guarnicion devorada por el hambre, por la sed y por la peste, estrechado por todas partes, combatiendo dia y noche, no cedia un palmo, si no era convertido en ruinas; y reducido al último extremo, aun contestaba á las constantes ofertas de paz que le hacia Cortés, con su constante y fiera respuesta “*que ántes queria morir.*”

En efecto, buscó la muerte por todas partes; al frente de sus guerreros desfallecidos, y cuando no tuvo ya compañeros, y procurando salir de la

ciudad para organizar la resistencia, como pudiera, tal vez en las montañas, tal vez en los desiertos, adonde quiera que hubiese un refugio y un grupo de hombres de honor, fué cogido prisionero por Holguin, y presentado á Cortés, no pidió favor, no se mostró abatido, ni suplicante, presentóse sí con una altivez, con un valor y con una dignidad que no tienen modelo.

“Y díjome en su lengua, refiere Cortés,—*Que ya él habia hecho todo, lo que de su parte era obligado para defenderse á sí, y á los suyos, hasta venir en aquel estado: que ahora ficiese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, que le diese de puñaladas y le matase;*” palabras de sublime heroísmo, que solo el mentecato cardenal Lorenzana ha podido calificar de otro modo, aunque á renglon seguido dice que probaban el *grande valor* del caudillo.

Por lo demas, este *grande valor* ya habia sido reconocido y confesado por Cortés, ante el mismo Cuauhtemoc. Dice Bernal Diaz, despues de haber repetido las mismas palabras que acaban de trascribirse:—“y Cortés le respondió con Doña Marina y Aguilar nuestras lenguas: y dixo muy amorosamente, que *por haber sido tan valiente y*

aver vuelto y defendido su ciudad, se lo tenia en mucho, y tenia en más á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, e que antes se lo ha de tener á bien, que á mal;” palabras que habrian ennoblecido algo el carácter del vencedor, si éste, á pocos dias, no hubiese dado tormento á su héroe prisionero, quemándole los piés para arrancarle oro. Si lo hubiera matado, habria sido simplemente cruel, como otros muchos vencedores; torturándolo para robarlo, reveló, que sus alardes de guerrero y de político, no eran más que una máscara con que se cubria el foragido.

¿Qué más que él habrian podido hacer en nuestro tiempo sus compatriotas Cobos, Villa y los plagiarios de Cervantes que expiaron sus crímenes en un patíbulo?

Cuando se considera esta conducta de una vileza repugnante, se comprende la justicia con que el gran poeta Enrique Heine califica á Hernan Cortés, cuando dice:

“En su cabeza llevaba el laurel, y en sus botas brillaban espuelas de oro. Y sin embargo, no era un héroe, ni era tampoco un caballero.

“No era más que un capitán de bandoleros,

que con su insolente mano inscribió en el libro de la fama su nombre insolente: ¡Cortés!”

Tal fué, pues, la defensa de la antigua México en el siglo XVI, y tal fué el héroe que asumió la responsabilidad de ella. Calificándola una gran autoridad contemporánea, el historiador Bandelier, en un libro reciente, dice: “*Los Mexicanos, durante esta memorable defensa, llevaron á cabo lo más que ninguna tribu india pudo hacer hasta la centuria décimasexta. Su resistencia, bajo este respecto no tiene igual (stands unparalleled).*”

Lo singular es, debemos repetirlo todavía, que siendo así, todas las alabanzas hayan sido por mucho tiempo tributadas á Hernan Cortés, dejando en la oscuridad y en el olvido al héroe verdadero de aquella guerra: á Cuauhtemoc.

Pero ha llegado ya la hora de la justicia histórica, y la Poesía misma, inspirándose en ella, comienza á iluminar con los esplendores del arte, aquella noble figura de la antigua Patria, que nos envidiarían las naciones más orgullosas del mundo moderno.

El poeta Eduardo del Valle ha sido uno de los primeros mexicanos que han consagrado su ta-

lento y su inspiracion á revindicar la verdad, en los sucesos de la Conquista, y el primero que ha templado su lira para cantar exclusivamente las hazañas del jóven caudillo, que alumbró con su gloria, como un sol moribundo, la ruina de la México india.

Otro poeta, tambien mexicano y cuyo nombre es muy estimado en nuestra Literatura, José María Rodríguez y Cos, habia precedido á Valle en la tarea poética de cantar los hechos de la Conquista; pero su poema “*El Andhuac*” abrazaba mayor extension, y por consiguiente, obedecia á unidades de plan diversas. Además, á semejanza del “*Moro Expósito*” del duque de Rivas, “*El Andhuac*” está escrito en romance endecasílabo asonantado, en el que se notan, por cierto, muchos trozos bellísimos.

Esto, en cuanto á la forma; en cuanto al fondo, tambien á semejanza del “*Moro Expósito*”, “*El Andhuac*” tiene una trama romanesca que le sirve precisamente de unidad de accion. De modo, que no es rigurosamente un poema heroico, ó mejor dicho, el heroismo no es su objeto exclusivo.

El poema de Valle sí es una verdadera Epopeya, y tiene de particular que está apegado

exactamente á la Historia, lo que no impide que tenga todas las galas y encantos de la poesía; la robustez de entonacion, la belleza y novedad de los cuadros, los retratos acabados de los personajes, el interes del relato que se aviva con la gravedad de las transiciones y lo importante de las peripecias. En fin, la narracion épica palpita, como en el Canto antiguo, y suspende y embarca el ánimo de los oyentes y de los lectores, pendientes del sentido de la octava real, siempre fácil, clara, castiza, sonora, sin construcciones abstrusas, sin consonantes desagradables, sin esos escollos de lenguaje ó de prosodia que distraen la atencion del menos crítico. Hemos dicho que el poema está apegado á la Historia, y esta es una singularidad que parecerá á algunos extraña, cuando no la tengan por defecto.

Pues bien: sí, aquí se realiza un fenómeno literario digno de notarse. Lo general ha sido que la Historia se funde en los hechos, y la Epopeya en la leyenda.

Y en lo relativo á la Conquista de México, ha sucedido que la Historia se ha fundado en la Leyenda por las razones que hemos expuesto al principio, y el poema de Valle es el que se funda

en los hechos mejor comprobados. Así lo ha querido el poeta, y ha hecho bien. Su obra es una reivindicacion, al mismo tiempo que un monumento de arte. Para ensalzar á su héroe, buscaba y queria la verdad, ya que los cantores de Cortés: Saavedra, Guzman, Ruiz de Leon y aun D. Nicolás Moratin, buscaron para sus pobres poemas el turbio manantial de las falsedades y de los cuentos. El "*Cuauhtemoc*" es, pues, un poema apoyado en la verdad. ¿Esto le quita su carácter heróico? De ninguna manera.

Los que creen que la éra de los poemas épicos ha concluido desde que acabaron la Leyenda y la Fábula, y que no son posibles, en lo futuro, más que los poemas históricos, son más doctrinarios que críticos. Ciertamente no pueden invocar como razon más que los preceptos aristotélicos fundados en la Iliada, y que desde el tiempo del filósofo de Estagira, convertido en legislador literario, están sirviendo de norma infalible. Pero Voltaire, otro legislador del buen gusto, ha probado hasta la saciedad en su famoso *Ensayo sobre la Poesía Épica*, que esos preceptos han sido violados en los más célebres poemas épicos modernos, y esto nos excusa de probar que seme-

\*\*\*\*\*

jante doctrina no es un credo infalible en literatura, fuera del cual no haya salvacion.

En efecto, para convencerse de la fragilidad de aquel cánon, no hay más que preguntarse:— ¡Pues, acaso el heroismo, el verdadero, el incontestable, el que es útil, por su enseñanza á la humanidad, el que sirve por su verdad á la poesía, no existe en la Historia, y hay que buscarlo sólo en la Fábula? ¡Qué afrenta seria esa para la virtud humana, y qué absurdo en Historia y en Filosofía que están desmintiendo los anales de los pueblos antiguos y modernos, que bastaria para contradecir la historia comprobada del sitio de México! Cuauhtemoc existió sin necesidad de la Mitología, y sin necesidad de la Leyenda. Fué un tipo esencialmente humano, y por fortuna nuestra, esencialmente mexicano. Parece inverosímil despues de tres siglos, y comparado, por ejemplo, con nuestros hombres de 1847; pero se presenta más real cuando se le ve reproducido en el gran Morelos, nuestro contemporáneo, más afortunado que él, y cuya gloriosa salida del sitio de Cuauhtla no ha sido imitada todavía ni en Europa ni en América.

Sobre todo, su existencia y sus hechos no son

ficiones legendarias; están apoyados en los forzados testimonios de sus enemigos y en los hechos cuya sombra llega hasta nosotros. No es un héroe del Ariosto, hijo del sueño, ni un héroe de Milton, hijo de la Fe; *es un hombre*, en toda la extension que Shakespeare quiso dar á esta palabra designando al héroe romano.

Así es: que el poema de Valle es heroico sin ser legendario, y precisamente porque no se apoya más que en la verdad.

Puede imputársele tal vez el que no necesite de la *intervencion de lo maravilloso*. Este es otro cánon aristotélico, que ha sido derrumbado desde la antigüedad.

Y Valle, ¿cómo pudo usarlo? Las divinidades no se prestan ya en la imaginacion moderna para embellecer la accion épica, so pena de convertirse en caricaturas. Sólo Parry ha podido ponerlas en juego para burlarse de ellas; como lo hizo Luciano con las paganas; pero el Santiago de Solís causa risa, y los dioses aztecas intimidando á Motecuhzoma no producen más que la repulsion de la cobardía; la vision del Inca en la Victoria de Junin, es una transaccion feliz, pero pálida é innecesaria, con el precepto clásico. ¡Los

dioses se han ido tambien de la Epopeya en los tiempos modernos!

Como consecuencia de la gran evolucion que se ha verificado en el espíritu humano, las ideas antiguas sobre Estética en Literatura han debido modificarse, como se han modificado de hecho. Hoy no convence sino lo cierto; y como no es bello sino lo verdadero, la belleza no nace sino de la verdad. La alegoría misma no vive ya, sino arraigada en la ciencia, y el símbolo no es popular, sino cuando refleja la conciencia humana. La intervencion de lo maravilloso es inútil en la Epopeya moderna; puesto que ni el patriotismo ni el valor arraigan ya en los fantasmas del espacio, ni en los ensueños de la imaginacion, sino en las realidades de la vida; en la tierra natal, en el amor de la familia, en los intereses del comercio, en el orgullo de la patria, en el amor á la libertad.

Una palabra para concluir:

¿La aparicion de este poema *Cuauhtemoc*, significaria acaso la resurreccion de esos odios exaltados é intencionados que estallaron en 1810 contra los horrores de la Conquista y que dieron por resultado la Independencia de México?

De ninguna manera: Este poema no significa más que el amor al arte y el deseo de realzar las glorias de la Patria antigua. Hay en aquellos anales un asunto heróico, y se aprovecha, con orgullo de poeta y de patriota, pero sin proyecto hostile á la nacion que por tres siglos dominó á México. Bastante tiempo tuvieron en sus manos la lira los partidarios del antiguo régimen; que toleren el plectro manejado por la mano de los hombres libres.

Por lo demas, esto no contradice nuestro afecto fraternal á España. Amamos á España, no por Hernan Cortés y su cuadrilla de aventureros audaces y afortunados, que conquistaron á México, pero que esclavizaron á su pueblo; sino por el recuerdo de Bartolomé de Las Casas, de Pedro de Gante, de Martin de Valencia, de Vasco de Quiroga, de los benefactores, de los misioneros, de los protectores del vencido, de los buenos, en la antigüedad; y de Javier Mina, que vino á redimir con su bendita sangre los crímenes de la Conquista y que murió por nuestras libertades; de Rafael del Riego, que con su glorioso movimiento contribuyó de un modo indirecto á darnos patria, y de Juan Prim, que desdeñando con



su carácter altivo, desempeñar el papel de Bar-  
radas, no quiso prestar ayuda á la infamia de la  
intervencion. Esos son los hombres que nos ha-  
cen amar al pueblo moderno; esos son los legí-  
timos lazos de parentesco que nos unen á Espa-  
ña. Sobre todo, el lema de los mexicanos es el  
que dejó el gran Morelos, cuando dijo en Aca-  
pulco, al recibir el castillo rendido por el gover-  
nador español: “*¡Viva España hermana; no domi-  
nadora de América!*”

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

## INTRODUCCION.\*

A mi estimado amigo el popular poeta

JUAN DE D. PEZA.

Es en la noche: á la apacible calma  
De una tarde de Abril grata y serena,  
Sucedíose el bramido de los vientos,  
Precursora señal de la tormenta.

Los árboles añosos, sacudidos  
Por el recio huracan, se balancean;  
Y de sus ramas las medrosas aves  
Huyen, buscando abrigadoras peñas.

\* La favorable acogida que obtuvo este romance cuando se dió á la estampa, decidió al autor á acometer la tarea de escribir un poema al primer héroe mexicano de la antigüedad. Sin que crea haber dado cima á la obra, presenta hoy su trabajo como un testimonio de admiracion á aquel invicto caudillo de Anáhuac, y nada más; y si le pone al poema como introduccion este roman- ce, es como un justo tributo de cariño al elegante y sentido poeta á quien está dedicado.